

Me costó mucho reconocer tu necesidad voraz. No es que nunca hubiese puesto antes atención en tus ojos, a primera vista dos ojos hermosos, uno alineado con el otro, en una especie de simetría, jugando como balanzas sobre tu nariz en donde pesaba más la belleza, esa substancia viscosa centrada en tus ojos marrones. Cualquiera hubiera dicho:

—Es una mujer, esos ojos de gata, sabe cómo usarlos.

Yo sin embargo creí, como sigo creyendo, que los ojos más que objetos, órganos en este caso, son un lugar de intercambio, un imperceptible vacío relleno continuamente por la substancia de la vida, sólo reconocible en las postrimetrías de la muerte. Por eso que no me sorprendiese especialmente la belleza de los mismos, su radiante vitalidad, y qué manera de mirar a todos lados, si al fin al cabo eso había de esperar de ellos. Pero de a poco, casi sin darme cuenta, en esa convivencia que nos dio y nos sacó tanto, esos ojos mostraron rasgos al principio no percibidos, como si hubiesen estado ocultos por timidez, o tal vez estuviesen allí desde un primer momento, pero yo no supe reconocerlos, como no se puede reconocer algo que se desconoce. En nuestras charlas sobre los más variados temas me mirabas como pidiéndome algo, nunca supe qué, al fin al cabo, todo cuanto pude te lo di. Pero vos me mirabas, insistías en tu súplica aunque tus palabras fueran otras, y yo comencé, como era de esperar, a sentirme incómodo, presionado. Con el tiempo, sólo pude ver tus ojos, perdí concentración, me imprecabas que yo ya no te escuchaba, pero la verdad era que yo te escuchaba más que nunca, intentándote comprender, auscultándote como sólo un amante puede hacerlo, en esa maraña de sensaciones, tantas súplicas y reproches y, por qué no decirlo, tanta bronca contenida. Pude entender que de algún modo tu rostro había cambiado las funciones, tu boca no transmitía más que trivialidades, pásame el café, cómo llueve hoy, pero las verdades importantes hablaban con otros códigos, tus ojos como dos pequeñas bocas deglutiendo la realidad de a poco, y exigiendo, en esa hambre. No recuerdo bien cuándo

comencé a sentir que tus ojos no eran convexos ni planos, sino cóncavos, para maximizar su capacidad de contención, cuánto podía entrar en tus ojos y perderse en el interior, en el interior de qué, qué podía haber más allá, que tanto pidiera. Traté varias veces con mi analista el hecho de tus ojos cóncavos: me dijo que era un miedo a las bacinas, a las ollas y a las lentes de contacto.

Hasta esas instancias pude resistir, pero cuando comenzaron a desaparecer objetos, ya fue demasiado. El primero fue mi taza preferida con la que tomo el café a la mañana, después fue mi almohada blanda, para llegar a desaparecer el libro de historia de la literatura griega de Leski, que sabés que para mí era tanpreciado. Recuerdo haberte insultado por ocultar intencionadamente mis objetos predilectos, tu boca diciéndome lo contrario de tus ojos. Siguiéron varias pérdidas que resultaron tan atormentadoras como develadoras. A la *Masmédula* de Girondo, le siguió el *Vathek* de Beckford y el *Kalevala* recopilado por Lönnrot. En el más profundo pesar por el duelo de mis libros extraviados pude entender que todos tenían algo en común, habían pasado por mis manos, y por mis ojos.

Con terror comprendí que en la necesidad insaciable de tus ojos, deglutías con fervor casi religioso los objetos que contenían mayor afecto.

Me fui, esta carta te la dejé en el buzón, si la estás leyendo es porque la encontraste, te dejo la casa, y no te preocupes que no te pienso entablar ningún juicio por el inmueble, al fin al cabo, todo en esa casa tenía afecto, por lo que vos te la vas a terminar comiendo, empezando supongo por los muebles, con esos ojos insaciables, pidiendo vaya uno a saber qué substancia fervorosa, hasta que no quede nada para comer, salvo esta carta, y después ni siquiera ésta.